

NÚRIA PRADAS

SUEÑOS A MEDIDA



Una saga familiar hace frente a los retos de la alta costura en una sociedad que camina hacia la guerra.

SÍGUENOS EN



Penguin
Random House
Grupo Editorial

A mis padres

PRIMERA PARTE

Pasión y cordura

1

Camprodon, primavera de 1926

Era una tarde suave, sin un soplo de viento. Una tarde primaveral perfumada de sol. El automóvil, un flamante Boattail amarillo, avanzaba por la carretera flanqueada por olmos. No hacía mucho habían dejado atrás Sant Pau de Segúries y se acercaban a Camprodon.

Ferran conducía concentrado en la carretera. A su lado, Roser, su mujer, contemplaba en silencio el desfilar de los árboles con sus enormes ojos de mirada asustadiza como pájaros sin alas, casi ocultos por el sombrero *cloché* ceñido a la cabeza. De pronto un rayo de sol centelleó con fuerza entre las copas de los árboles y una luz nueva, más alegre, refulgió en la mirada de Roser. Volvió la cabeza y miró a su marido esbozando una sonrisa. Su mano enguantada reposaba en el hombro de él. Ferran sintió la liviana mirada y también la caricia y las agradeció con la mejor de sus sonrisas, sin desviar la atención de la carretera repleta de curvas que se extendía ante los dos. Fue cuestión de segundos. Unos segundos en los que ambos, Ferran y Roser, olvidaron pensamientos que

nublaban sus mentes como si las tuvieran llenas de humo.

El matrimonio formado por Ferran Clos y Roser Molins estaba ligado a una de las casas de moda más prestigiosas de Barcelona: Santa Eulalia. Roser era hija de Antoni Molins Gil, que había regentado el negocio hasta su muerte, en 1917, y hermana del actual propietario, Andreu Molins Ros.

Ferran Clos había empezado a trabajar en Santa Eulalia en el año 1918 en unas circunstancias un tanto especiales. Ocupó al principio una plaza de dependiente en la sección de caballeros, aunque muy pronto el joven director Andreu Molins advirtió en él un alma de artista dotada para el dibujo, el sentido del color y el gusto por las texturas. Ferran Clos encajaba como un guante en el engranaje de Santa Eulalia, y Andreu Molins no desaprovechó aquel potencial que tan bien se ajustaba a sus proyectos de expansión. Así nació el tándem indestructible que conduciría a Santa Eulalia a su época dorada. Gracias a la sensatez de Andreu Molins, el clarividente y eficaz empresario, y a la pasión creadora de Ferran Clos, lo que nació como un humilde almacén de tejidos se convirtió en nombre de referencia en el mundo de la alta costura barcelonesa.

Además de un trabajo de gran responsabilidad y que lo entusiasmaba, Santa Eulalia ofreció a Ferran un regalo inesperado: Roser. Cuando la conoció, ella era una joven de dieciocho años, tirando a alta, y rubia, de formas algo alejadas del modelo de mujer de la época, más frágil y andrógina. Roser tenía el cutis

níveo, la nariz patricia, unos labios finos que sonreían poco y unos enormes ojos oscuros de mirada melancólica. Su rostro sereno a primera vista parecía algo triste. Pero solo a primera vista, porque quien se ganaba su confianza sabía que aquellos ojos podían llegar a brillar con chispas juguetonas y que sus labios sabían sonreír y lo hacían, cuando quería, con una ingenuidad seductora.

Poseía, además, una educación exquisita; era una joven que *sabía estar*, como decían los mayores. Sabía seguir una conversación y también intervenir en ella si convenía, no en balde había sido educada en los mejores colegios religiosos para señoritas de la ciudad condal. Poseía también una elegancia innata, casi aristocrática, que la hacía brillar en cualquier reunión y atraía un sinfín de miradas cuando descendía la gran escalinata del Liceu del brazo de su padre o de su hermano.

Ferran se enamoró de ella porque él se enamoraba de todas las muchachas hermosas que le salían al paso. Pero de Roser se enamoró de otra manera, ya que enseguida supo ver el papel que desempeñaría en su vida: el de la estabilidad, precisamente el ingrediente que faltaba en la fórmula de su existencia demasiado impetuosa, con tendencia a desbocarse. Se casaron en Sant Pau del Camp el 18 de mayo de 1921. Ferran tenía veinticinco y Roser veintiuno. Aunque era innegable que Ferran había ganado a pulso su posición en Santa Eulalia con su talento, también era evidente que con aquel enlace se hacía realidad su deseo de emparentar con una familia muy conocida en la ciudad. Ahora formaba parte de la Casa con pleno derecho. Sin duda se abría ante él un apasionante futuro y se hacía realidad uno de sus

más secretos objetivos, los que se había marcado el invierno de 1918, cuando llegó a Barcelona y a Santa Eulalia con una carta de su padre, el doctor Clos, en la mano.

Sin embargo, antes de aquella esplendorosa mañana de mayo en que se celebró la boda, había habido traiciones, secretos y mentiras.

Y dolor.

Mucho dolor.

Roser volvió a fijar la vista en los árboles. ¡A qué velocidad cruzaban ante sus ojos! Casi llegaban a marearla. Pensó que así de veloces habían transcurrido aquellos cinco años de matrimonio con Ferran.

Y también muy distintos de como los habría querido. Todos les auguraban un futuro resplandeciente. Y lo cierto es que no se podía quejar de la vida que llevaba junto a su marido: viajes, fiestas... Lo tenía todo, incluso antes de desearlo. Era la vida que había soñado, para la que había sido educada y, sin embargo, no era feliz.

Roser se enamoró de Ferran en cuanto lo vio por primera vez, en la tienda. Era un joven desbordante de simpatía, seguridad, vitalidad. No muy alto, pero sí apuesto. Llevaba el pelo castaño claro engominado y peinado hacia atrás. Sus labios esbozaban casi siempre una sonrisa traviesa, tan traviesa como sus ojos, pequeños y vivaces, que recordaban las canicas con las que jugaban los niños, de cristal y con unas venillas de color en su interior. Siempre estaba atento a su apariencia y vestía con esmero. A Roser le encantaba el suave cosquilleo del bigote pequeño y re-

cortado de Ferran al besarla. ¡Y cómo la besaba entonces! Pero aquel tiempo le parecía ahora muy lejano, el tiempo en que le hacía la corte y le decía las palabras más hermosas que nadie le había dicho jamás. Cuando le escribía cartas cada semana, cartas ardientes, con palabras que no se podían pronunciar, solo escribir.

Aquella había sido la mejor época de la vida de Roser. Feliz. Sí. Roser había sido feliz, había vivido días de plenitud, sinceros y alegres.

Esperanzados.

Dorados y azules.

Fueron los días que antecedieron a las ausencias, a las huidas, a las sospechas.

Sospechas.

¡Cuántas sospechas!

Comenzaron antes de casarse. Sin embargo entonces Roser todavía conservaba intacta la esperanza. También la ingenuidad. Pensaba que cuando fuesen marido y mujer podría doblegar a la bestia huidiza que Ferran parecía llevar dentro.

Pero se equivocaba. La fiera era indomable. Tras la simpatía y el encanto de Ferran se escondía un gran mujeriego, un irresponsable sin límites, un egoísta, eso sí, irresistible y encantador. Las sospechas se volvieron certidumbres. La felicidad se resquebrajaba. Ferran decía siempre que la amaba. ¡Y la amaba! Pero no solo a ella.

Pasaba el tiempo y Roser esperaba ilusionada la llegada de los hijos que harían indestructible su débil y frágil unión. Pero no venían, y su ausencia era como una sombra oscura que crecía día a día en su pecho.

Al principio, la falta de hijos fue una frustración más. Como la muchacha que era, educada para desempeñar a la perfección su papel en sociedad, Roser había aprendido a llevar la decepción de puertas adentro y sabía fingir una entereza de ánimo que estaba lejos de sentir. Iba a todas las fiestas, reía, bailaba y se consolaba pensando que ella y su marido todavía eran jóvenes y tenían todo el tiempo del mundo para ser padres. No obstante, cada mes que transcurría sin ver cumplido su gran deseo, ese consuelo mudaba en tristeza y sus sueños se diluían en una especie de rabia sorda que le llenaba el alma entera.

Con el paso del tiempo, la decepción se fue convirtiendo en obsesión. La pena era tan honda y la llevaba tan adherida en su interior que ya no la podía esconder y sintió la necesidad de hablar de ello con Ferran.

—Los hijos llegarán a su debido tiempo, querida, no lo dudo en absoluto. Lo que debes hacer es tener confianza y dejar de preocuparte.

Pero las palabras de Ferran pasaban de largo sin llegar a su corazón y Roser se hundía de nuevo en esa herida que le escocía rabiosamente. Entonces la nostalgia y la desilusión crecían.

En cambio, Ferran olvidaba en el acto la desazón de su joven esposa. Aunque quería ser padre, ese deseo era secundario en su vida. ¡La tenía tan colmada! De secretos, de amores, de trabajo, de proyectos...

¡Los proyectos! ¡Los proyectos de Andreu y Ferran! Eran los que estaban convirtiendo a Santa Eulalia, los viejos almacenes del Pla de la Boqueria, en un negocio moderno que, inspirado en las tenden-

cias más innovadoras de París, estaba a punto de introducir la alta costura en Barcelona.

En especial el último proyecto. Roser nunca olvidaría el rostro de Ferran cuando le explicó la nueva aventura que él y Andreu pensaban emprender.

—Queremos crear nuestra propia colección. La primera. Toda nuestra. Una colección con el toque inconfundible de la casa.

Roser se estaba peinando ante el tocador del dormitorio. Solo llevaba puesta una combinación de pantalón corto, rabiosamente moderna, de color crudo y adornada con cintas de crespón de China color fresa. Seguía en la imagen que le devolvía el espejo el nervioso ir y venir de su marido que hablaba entusiasmado. No podía estarse quieto y gesticulaba de forma exagerada, tan vehemente como de costumbre.

—¿Te acuerdas de la *boutique* de Madeleine Vionnet en la Quinta Avenida?

—¡Pues claro!, te encantó. Estuviste una semana entera hablando de ello —respondió Roser sonriente.

—Es cierto; y seguro que recuerdas por qué —replicó Ferran cada vez más entusiasmado—. No solo es una tienda de modas. No, no lo es. Ahí, Roser, reside el genio de una creadora, una gran creadora. Por primera vez vi con claridad la importancia de la creatividad artística aplicada a la moda. ¡Impactante!

—Bueno, como en las grandes casas de París. No olvides que Vionnet es francesa. Y su moda también lo es. En moda, todo lo que es bueno, impactante como tú dices, es francés —puntualizó Roser, segura de su axioma.

—No, querida, Vionnet es mucho más. Impacta de otro modo. Ella ha cruzado un océano. ¿Y sabes cómo lo ha hecho? Imponiendo a las clientas, a los encargos, a las tendencias, su genio creador. Por no hablar de sus habilidades técnicas, de su capacidad de innovación. No solo es una modista. ¡Es una artista, sin duda alguna!

Ferran cerró los ojos, como si quisiera visualizar los vestidos de Madeleine Vionnet en todo su esplendor. Cuando volvió a hablar, su voz pareció más entusiasmada que antes:

—¿Te acuerdas de los vestidos cortados al bias? ¿Ves?, eso es lo que te quería dar a entender: ¡innovación! Costuras en diagonal, faldas con muchísimo vuelo, blusas sin hombros... En una palabra: ¡sensualidad! Una moda completamente nueva que se ajusta a las clientas. Por no hablar de los tejidos. ¡Los tejidos! Qué manera de trabajar los tejidos: los crepés de China, los chiffon, satenes, sedas...

Ferran calló, inmerso en sus pensamientos. Roser, con el cepillo en la mano, se volvió para observarlo. Él retomó al fin su discurso con voz más tranquila. Sus pensamientos fluían, transformados en palabras:

—Hasta ahora en Santa Eulalia nos hemos limitado a acercar a la clientela los productos franceses. Esta ha sido la máxima aspiración de nuestras clientas: vestir a la moda de París.

—Y les hemos ofrecido lo mejor de esa moda, ¿no crees? —dijo Roser, poniéndose en pie con sus grandes ojos abiertos, rebosantes de la curiosidad que la conversación despertaba en ella.

Ferran se acercó algo más a su mujer:

—¡No es suficiente, Roser! Ahora vamos a ofrecerles unos vestidos, una moda, que las distinguirá

de todo el mundo. Todos sabrán quién se viste en Santa Eulalia, cuál es nuestro estilo. Vamos a presentar esta nueva moda con un gran desfile.

Roser soltó una carcajada.

—¿Un desfile? ¿Como los que vimos en París?

—Mejor, mucho mejor. Será todo un espectáculo y...

—¡No te precipites!

—¿Te parece que sueño? ¿Como el cuento de la lechera? —observó él algo molesto.

—¿Me estás preguntando si dudo de ti? De ningún modo, cariño. Eres capaz de conseguir cuanto te propongas. Estoy completamente segura. Y si además te ayuda el cabezota de mi hermano...

Volvió la cabeza de nuevo al espejo del tocador. Comenzó a peinarse, pero las palabras de su marido la dejaron helada.

—Por eso he pensado en irnos una temporada al chalé de tus padres en Camprodon.

Al cabo de pocos segundos de silencio absoluto, Roser se volvió hacia su marido con una sorpresa manifiesta:

—¿A Camprodon ? Pero... ¡si no voy allí hace años! Si tú ni conoces la casa. ¿Qué se nos ha perdido en Camprodon?

—No creas que la idea me entusiasma, ¡créeme! Ya sabes que soy hombre de ciudad. Pero Andreu ha insistido. Dice que no quiere distracciones. Hay que presentar la colección en septiembre. Cree que son imprescindibles un par de meses de retiro en pleno corazón de los Pirineos.

—Claro, ¡Andreu!

Los ojos, los labios, el ademán de Roser, todo ponía de manifiesto su disgusto. El modo en que su

hermano hacía las cosas a menudo la sacaba de quicio. ¿Por qué nunca consultaba nada con nadie? Aquella decisión le afectaba también a ella y sin embargo era la última en enterarse.

—Hay muchos sitios donde podrías estar tranquilo y dibujar sin que nadie te moleste. La casa de Camprodon es un lugar... poco acogedor. Desde que papá murió, mamá va solo unos días en agosto, y Andreu y su familia, casi nunca. ¡No entiendo cómo se le ha ocurrido proponerte que vayas precisamente a Camprodon para preparar la colección! —dijo, y se le endureció todavía más el gesto—. ¡No me apetece nada!

Abandonó el cepillo sobre el tocador y fijó los ojos, anegados en lágrimas, en las lamparitas blancas y en forma de tulipán que rodeaban el espejo. Ferran se dirigió hacia la puerta encendiendo un cigarrillo. Antes de salir, como si su mente estuviese ya lejos de allí ocupada en otros asuntos, dijo:

—Aunque si prefieres quedarte en Barcelona lo entenderé. Me sabrá mal, pero lo entenderé. Me pasaré el día entero dibujando. No quiero que te aburras... Puedo ir solo.

—¡De ningún modo!

—¡De ningún modo!

Esa había sido la respuesta de Roser cuando Ferran le había propuesto quedarse sola en Barcelona. Ella iría donde él fuese. Y por esta razón se dirigían a Camprodon esa luminosa tarde de primavera.

Llegaron a primera hora de la tarde. Tras la última curva entraron al pueblo y lo cruzaron hasta el paseo

de la Font Nova.

Era el primer paseo urbanizado que se construyó en Camprodon, íntimamente ligado al recuerdo del doctor Robert, impulsor del veraneo de la burguesía barcelonesa en la localidad. Discurría desde el Camí de Dalt hasta la fuente. Se plantaron árboles, se instalaron bancos de piedra y hasta iluminación eléctrica en unos arcos de hierro, y muy pronto empezaron a proliferar las villas señoriales.

—¡Es un lugar maravilloso! —gritó Ferran para hacerse oír por encima del ruido del motor.

—Sí, lo es, aunque por lo que he oído, un tal Maristany está proyectando otro paseo que se dice que será todavía mejor —respondió Roser mientras señalaba con el dedo una verja de hierro abierta—. Es por aquí.

Cruzaron la verja y enfilaron el camino bordeado de árboles que conducía a una gran casa de tres pisos y planta cuadrada. La fachada estaba enlucida en las esquinas con cambios de textura y color. Un frondoso jardín la rodeaba. El automóvil se detuvo frente a la casa y el motor enmudeció.

—¡Espléndida!

Ferran, ya fuera del coche, contemplaba el caseón entusiasmado. Roser descendió tras él y miró también la casa en la que tantos veranos había pasado. En el jardín, las ramas se balanceaban despacio susurrando al contacto de la brisa. Tuvo la impresión de que el tiempo se había detenido en un escenario vacío. Se estremeció, pero no a causa del frío. Al momento sintió el suave calor del abrigo de terciopelo marrón que Ferran, solícito y amable, había ido a buscar al coche y le había echado sobre los hombros. Se lo agradeció con una sonrisa. Se dirigieron a